

LECTIO DIVINA

SÁBADO SANTO CICLO -C-

16 DE ABRIL DE 2022

DE LA TINIEBLA A LA LUZ

HABLA LA PALABRA: A LA LUZ DE LAS VELAS



Cada año, en la Vigilia Pascual, encendidas nuestras velas en el Cirio Pascual, que representa a Jesucristo Resucitado, escuchamos las maravillas que Dios ha realizado en favor de la humanidad, la gran historia del amor de Dios:



- Dios creó al hombre y a la mujer a imagen suya, y les encomendó el universo entero, para que, sirviéndole, dominaran todo lo creado. Y cuando por desobediencia perdieron su amistad, no los abandonó al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendió la mano a todos, para que le encuentre el que le busca.

- Dios liberó a los israelitas de la esclavitud de Egipto; por medio de una columna de fuego dirigía sus pasos en la noche. Llegaron a la tierra prometida por Dios, una tierra que manaba leche y miel. Y por los profetas, como Ezequiel, los fue llevando con la esperanza de salvación.



- Tras escuchar las lecturas del Antiguo Testamento, el templo queda iluminado por completo, voltean las campanas: ¡Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor!. Escuchamos la Palabra de Dios del Nuevo Testamento y, por último el Evangelio de la Resurrección. Tanto amó Dios al mundo que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, envió como Salvador a su único Hijo, Jesucristo, que murió y resucitó por nosotros.



En el Credo confesamos: «Creo en Jesucristo, [... que] padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, y descendió a los infiernos».

El descenso a los infiernos

Posiblemente este sea el enunciado del credo menos entendido por la mayoría de los cristianos contemporáneos. La Iglesia primitiva tenía muy claro lo que quería decir con estas palabras, pero hoy ha cambiado mucho el significado de algunas expresiones antiguas y la manera de hablar de la gente. Por eso no nos basta con mantener los enunciados antiguos; tenemos que traducirlos en palabras comprensibles para poder entenderlos.

Los judíos consideraban que los muertos descendían a un lugar donde pervivían, rehenes de Satanás, en espera del juicio. A este lugar llamaban «*Sheol*» (en hebreo), «*Hades*» (en griego), «*Infernus*» (en latín). Por eso, cuando los primeros cristianos dicen que Jesús «descendió a los infiernos», lo primero que quieren decir es que murió de verdad y fue sepultado, compartiendo el destino de los seres humanos.



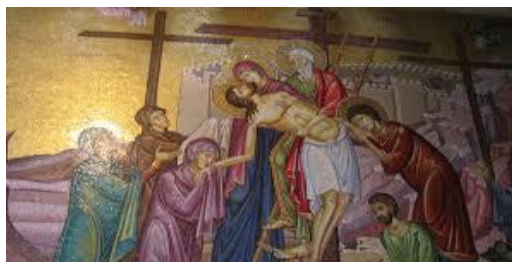
Afirmar la muerte de Jesús era una defensa de la autenticidad de la encarnación y de la redención, ya que para los herejes «docetas» y «gnósticos», ambas eran solo aparentes. La Iglesia cree que Jesús verdaderamente se hundió en el mundo de los muertos, del desamparo, «descendió a los infiernos», vivió de una manera real la experiencia de la muerte, porque su encarnación fue verdadera: asumió nuestra naturaleza humana con todas las consecuencias.

El descenso a los infiernos tiene un segundo sentido. San Pablo afirma que Cristo «bajó a las regiones inferiores de la tierra» (Ef 4,9), para indicar su descenso a nuestra profunda situación de pecado y muerte. Cristo ha entrado en nuestra historia marcada por el odio, las divisiones y la



violencia, ha entrado en nuestros infiernos y los ha asumido en su carne, para poder redimirlos.

Lo que acabamos de decir nos permite comprender el tercer sentido de esta afirmación: los Padres de la Iglesia dicen que Cristo descendió al lugar de los muertos para anunciar la salvación también a todos los que habían muerto antes de su venida a la tierra, a los que estaban encadenados al sufrimiento y a la miseria, para abrirles las puertas de la salvación.



Así lo explica una homilía del siglo II que se lee hasta el presente en el oficio de lecturas del Sábado Santo: «El Dios hecho hombre ha despertado a los que dormían desde hace siglos, ha puesto en movimiento a la región de los muertos. En primer lugar, va a buscar a nuestro primer padre, como a la oveja perdida. Quiere visitar a los que yacen sumergidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte; va a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo, y a Eva, que está cautiva con él. El Señor hace su entrada donde están ellos y ordena a todos los que estaban en cadenas: “Salid”, a los que estaban en tinieblas: “Sed iluminados”, y a los que estaban adormilados: “Levantaos”».



Orando con María

Después de la sepultura de Jesús, los que le habían seguido huyeron, se dispersaron ante su aparente fracaso. Su esperanza yacía en un sepulcro y la nuestra se mantiene en una mujer: María.

Ella es la única referencia de la Iglesia en el momento en que su Camino está roto, su Verdad despreciada y su Vida sepultada. En estos momentos de oscuridad y de «silencio de Dios», el «resto de Israel», el grupito de creyentes que en cada generación pone su confianza en Dios, se concentra en la madre de Jesús. Como sucedió otras veces, «ella conservaba estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19.51). No comprende lo que ha sucedido, pero persevera en la oración silenciosa, poniendo los acontecimientos y su vida en las manos de Dios.

Después de Jesús, ella es la que más conoce al Padre, la que más de cerca ha visto su rostro. Por eso a ella nos dirigimos, en ella buscamos la compañía para esperar. Ella no ve, ni sabe, ni entiende, pero ella, como antes Abrahán, cree y espera «contra toda esperanza». Permanece en oración, renovando su entrega a Dios, aceptando su voluntad, aunque no



la comprenda. Con razón es invocada por los creyentes como «madre de la esperanza».



Aquí podemos entender por qué la Iglesia hace memoria de María todos los sábados del año: porque ella es el referente orante, el punto de apoyo de los creyentes que no tienen las cosas claras, pero siguen confiando en el Señor, poniendo en él su esperanza. Jesús la ha hecho, desde la cruz, madre de sus discípulos amados (cf. Jn

19,25-27) y ella empieza inmediatamente a acompañarles en su camino de fe, precisamente cuando todo invita a la incredulidad. Su fidelidad es el primer tesoro que ha de guardar la Iglesia.

HABLA EL CORAZÓN: ÉL ES LA LUZ



Cuando hemos visto algo, cuando lo contamos, decimos que hemos sido “testigos”. Los apóstoles fueron testigos de un acontecimiento único en la historia: Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, murió en la cruz y ha resucitado de entre los muertos.



Después, una gran cadena de cristianos ha seguido proclamando a todos que Cristo está vivo y que es Dios con nosotros. Muchos niños, jóvenes, hombres y mujeres encontramos en Él la luz que guía nuestros pasos.

Cuando una persona no sabe qué camino tomar en la vida, decimos que anda como en tinieblas, en oscuridad. Para no tropezar necesita acercarse a la luz. Jesús es la verdadera luz. No hay sombra, por más densa que sea, que pueda oscurecer la luz de Cristo, Él es la gran luz de la que proviene toda vida. Él nos indica el camino. Viviendo con Él, por Él y en Él, podemos vivir en la luz.



HABLA LA VIDA: A LA LUZ DE LAS FAROLAS



Tarde de Sábado Santo. Se me acercó un adolescente díscolo, con dotes de liderazgo, absentismo escolar y problemas en casa. Lo primero que pensé cuando vino Miguel fue en el poco tiempo que tenía para ultimar todas las cosas de la Vigilia Pascual, y ni siquiera me extrañó al principio que estuviese tan callado. En ese momento, sin venir a cuento, empezó a llorar.

Dejé todo manga por hombro, y me lo llevé a la calle, su terreno, donde sabía que estaría más a gusto, y no hizo falta mediar palabra para que Miguel, entre sollozos, comenzase a hablar. Su padre había llegado por fin de la cárcel. Pero su padre había vuelto y Miguel se empezaba a despertar del sueño. La vida en casa había cambiado, porque su padre no había cambiado. Era tan grande su confusión, su desesperación, que daba la impresión de que ya no sonreiría jamás. Lo que me contaba era terrible. Pero más terrible aún era su mirada, que se clavaba en mis ojos. Era como si el mundo entero estuviese mirando y hablando a través de Miguel.



Por eso gracias a Dios yo sólo fui capaz de parar, callar y escuchar. Aquella noche aprendí a escuchar. Hasta pudo desahogarse descargando sobre sí sus puños electrizados por la rabia. Poco a poco se fue serenando. Al menos alguien le escuchaba, le quería, le entendía, y recibía, en silencio, los hachazos de su alma.

Yo no estaba en el templo orando a la luz de una vela y a la escucha de las lecturas que recorren la historia de la salvación, pero estaba allí, a la luz de las farolas de la calle, ante aquel crucificado vivo, que me contaba la corta historia de sus trece años, una historia que debía tener mucho que ver con la historia de la salvación, que debía contar también, tal vez a través de aquellos sollozos de Miguel, con el llanto, con el grito, con la llamada del Padre Eterno, que sufre con el sufrimiento de sus hijos, y que en el misterio de ese dolor, abre la puerta de la esperanza de todos sus hijos, de todos sus amados y pequeños y pobres hijos como Miguel.



MEDITAR EN EL SÁBADO SANTO

Hoy no tiene lugar NINGUNA CELEBRACIÓN LITÚRGICA en la Iglesia, tan sólo la Liturgia de las horas. **Se ESPERA CON MARÍA la Resurrección de Cristo.**

Al anochecer se celebra la Vigilia de Pascua, la madre de las viglias, que decía San Agustín.

Tres palabras definen el gran Sábado Santo:

SILENCIO. Toda la tierra guarda silencio. Se ha dormido Dios en la carne. Silencio que nos invita a que toda la ciencia de la vida consiste en saber esperar.

SOLEDAD. Muchos pueblos llaman así a su devoción, la Virgen de la Soledad. Cuidada por el apóstol Juan, es Ella la que cuida a la Iglesia naciente que tiene madre.

ESPERANZA. Volverá el Señor Resucitado, como vuelve la primavera después del invierno. Se hará presente en nuestras vidas heridas y desesperanzadas y gritaremos todos los días de nuestra vida: ¡RESUCITÓ DE VERÁS MI AMOR Y MI ESPERANZA!.



**BILBOKO ELIZBARRUTIKO
SEMINARIOA**

**SEMINARIO DIOCESANO
DE BILBAO**

